

El lector en el libro

Algunas ideas sueltas en torno a cuatro metáforas de lector y lectura en los libros para niños y jóvenes

Gentes de libros

En un momento como el que vivimos, donde el Corán es insensatamente visto como un manual de fechorías, es prudente recordar que aquellos textos islámicos pronunciaban una condición común a los pueblos persas, judíos y cristianos. Todos éramos “gentes de libros”, es decir, pueblos que creían fervientemente que la verdad del universo, las claves para articular una cultura y conducir una sociedad, estaban cifradas en el libro (Véase García Pelayo, 1997). Hoy, cuando muchos anuncian el ocaso del libro, y otros, paradójicamente, se encuentran luchando con temible fundamentalismo libresco por la supremacía de sagradas escrituras sobre otras, nosotros, resguardados por el manto amable de la literatura infantil y juvenil, nos encontramos aquí reflexionando en torno a qué y por qué están leyendo los niños y jóvenes en la actualidad. No está de más decir que encuentro esta reflexión oportuna, considerando que los últimos sucesos mundiales no pueden sino confirmar que aún seguimos siendo “gentes de libros”, aún a pesar de muchos. Y ¿qué más importante que tratar de dilucidar cómo los más jóvenes se hacen parte de este mundo extrañamente moldeado por los libros?

El tema que se me propuso para esta ponencia era identificar representaciones de lector y lectura en los libros para niños y jóvenes, para así tejer conclusiones en torno a éstas. La invitación me pareció cosa de premio gordo de lotería.

Pensé que debía haber muchos libros para niños donde apareciera algún lector presumido, vociferando discursos sobre la lectura y muchas ilustraciones de personajes leyendo, como aquellas imágenes que proliferan en los afiches de campañas de promoción de lectura. Los días siguientes traté de hacer una

suerte de *escaneo* en mi memoria de qué libros podían servirme: el primero que saltaba a mi mente era *La historia interminable* de Michael Ende (1982), y luego venían algunas imágenes más difusas de álbumes donde algún personaje aparecía leyendo. Poco a poco, de estos libros y de otros que recordé después, pienso hablarles ahora.

A modo de advertencia quisiera aclarar que mi acercamiento al tema carece de método en el sentido estricto de la palabra. He partido de la memoria y de la relectura de libros que ya me eran familiares, y que esos, sólo esos, son las bases de mi comentario. Como diría Savater (1979), he sido deliberadamente subjetiva y he hecho más una *charla-souvenir* que un estudio riguroso y serio. De manera que no busco sentar cátedra o ser concluyente en modo alguno; apenas pretendo extenderles la gentil invitación que se me hizo.

Del libro que somos, del lector que seremos

Una vez olvidados los miedos y resquemores que encerraba la fábula egipcia recogida en *Fedro* por Platón (donde un faraón condenaba la escritura como un macabro invento que impediría al hombre el ejercicio de su memoria), nuestras culturas se abocaron a la palabra escrita, creyendo que en ella hallarían la huella de la mano divina de Dios o la salvación a través del conocimiento.

Los libros sagrados se convirtieron en el vínculo social entre todos los hombres y correspondientes culturas, siendo prójimos aquellos que tenían en común lecturas y creencias de un mismo libro. En esos tiempos de fascinación libresca, las lecturas (compartidas casi siempre en colectivo y realizadas

en voz alta) le daban “sentido y misión histórica a la comunidad” (García Pelayo, 1997). Sus escuchas –recordemos que pocos tenían la habilidad de descifrar las letras sobre el papel– hacían todos los esfuerzos porque sus interpretaciones no se alejaran de la pureza esclarecedora del texto y de la voz del lector. Había quienes –sacerdotes u otra clase de guías espirituales– custodiaban el sentido recto del texto, como si ellos mismos hubiesen sido los únicos *autores-lectores* de éstos. Así pues, el momento y el espacio en los que se leía eran sagrados. Como a todo acto litúrgico, era necesario, si acaso no imprescindible, ir con la mejor disposición y las mejores ropas; mientras se leía el libro se estaba asistiendo a un microcosmos que encerraba, de manera ordenada y sintética, al cosmos del que se era parte. Y para decirlo al estilo de Mallarmé, *el mundo existía para leer un libro*.

Era difícil o extraño concebir la lectura fuera de estos márgenes trascendentales. Pero la palabra escrita proliferó buscando explicar las otras palabras, los libros. También proliferaron los lectores y sus interpretaciones. Había que leer en solitario, había que leer para sí (Véase Sampson, 1997).

Acaso una de las imágenes que mejor marca esta transición de la lectura del espacio público al dominio privado, es la postal casi fetichista que nos regaló el buen Agustín de San Ambrosio leyendo en silencio y solitario.

Cuando éstos [los hombres de negocios] le dejaban libre –que no era por mucho tiempo– se dedicaba a reparar el cuerpo con el sustento necesario o el alma con la lectura. Cuando leía sin pronunciar palabra ni mover la lengua, pasaba sus ojos sobre las páginas, y su inteligencia penetraba en su sentido (...) cuando yo entraba a menudo a verle, le hallaba leyendo en silencio, pues nunca lo hacía en voz alta. Me sentaba a su lado sin hacer ruido –pues ¿quién se atrevía a molestar a un hombre tan absorto?– y pasado un tiempo me marchaba. Sospechaba que no quería se le distrajera con otro asunto en el poco tiempo que disponía para reparar su espíritu, alejado del tumulto de los negocios ajenos. Sospecho que leía así por si alguno de los oyentes, suspenso y atento a la lectura, hallaba algún pasaje oscuro en el libro que leía, exigiéndole que se lo explicara u obligándole a exponer las cuestiones más difíciles. De este modo se veía obligado a emplear el tiempo en estas tareas, impidiéndole leer los libros que deseaba. Aunque quizás la razón más fuerte para leer en voz baja era la conservación de su voz, pues se ponía ronco con suma facilidad. Cualesquiera que fueran sus razones, ciertamente eran buenas.

(San Agustín: *Confesiones*, VI, III)

Esta anécdota que marcó tanto a San Agustín y a Numidia, el redactor de sus *Confesiones*, es quizás una de las más hermosas estampas de la lectura como acto no sólo exegético sino también placentero. Un acto donde, como bien lo señalaría Borges siglos más tarde, el libro ha dejado de ser un fin en sí mismo, para convertirse en instrumento de un fin. ¿Pero qué pasa con esta imagen del libro como hombre y viceversa, como metáfora de la individualidad cuando la trasladamos al campo de los libros para niños?

Primera metáfora

Del hogar en el libro y el lector en el niño

Como conjurados por alguna bruja de cuentos de hadas, los niños parecen dormir el sueño eterno de la oralidad. Sumidos en una especie de dulce ensoñación, esperan con cierta ansiedad el momento en que serán besados por el príncipe de la alfabetización; esperan ser iniciados en esa cultura escrita de la cual son y serán inevitablemente parte. Privados de la lectura solitaria, la posibilidad de acceder a la cultura escrita sin mediaciones de ningún tipo corresponde al terreno de lo anhelado. Muchos fingen leer cuando aún no lo saben y aprenden de memoria aquellos libros que les fascina oír.

Y ¿cómo no esperar esto de ellos? Sería un poco simplista pensar que, porque no están listos para decodificar símbolos lingüísticos, no son capaces de interpretar el mundo. Sin embargo, tal como lo advierte Rousscau en su controvertido *Emilio*, la lectura abre una brecha entre niños y adultos. Sus dificultades para acceder a la palabra escrita permiten tenerlos alejados de buena parte de los secretos del mundo adulto. Aunque esta aproximación rousseauiana pierde vigencia en nuestros días, si consideramos que la cultura visual (léase la televisión y la Internet) les brinda fácil acceso a esas cosas que los adultos pudieron ocultarles durante siglos gracias a los libros (Véase Meyrowitz, 1986).

Claro que no quiero ser extremista con este comentario. Cuando Rousseau nos señalaba esta zanja, no contaban con el *status* que les dieron los victorianos, ni con las consideraciones con las que cuentan hoy en día, y mucho menos con una literatura recreativa expresamente creada para ellos.

Todos sabemos cuán marcados han estado los libros para niños por la oralidad, por los cuentos de hadas, por la búsqueda de un oyente que sepa reconocer y apreciar el uso del recitativo, por los siempre fascinantes *Había una vez...* y *Colorín colorado*. Buena parte de la literatura infantil ha estado escrita en pretérito, tiempos pasados, que nos señalan rápidamente que nos encontramos en el marco de una

narración y no ante un comentario. Pertenecen a un mundo que es indiferente a nuestro tiempo, a un mundo donde los oyentes-lectores “son más espectadores que personajes activos del *theatrum mundi*” (Weinrich, 1974), aunque sean capaces de contemplarse y ¿por qué no? reconocerse a sí mismos en estas lecturas. El mundo de los libros para niños es el mundo narrado por excelencia, lo cual los hace, a mi parecer, los mejores libros para compartir.

En las culturas más arcaicas, marcadas por la palabra oral, la narración es compartida por toda la comunidad. La imagen arquetípica que nos viene ineludiblemente a la cabeza es la de un pueblo o una familia rodeando una fogata, o sentados en una sala a media luz, escuchando atentamente a un viejo o un juglar contando una historia de un tiempo y un lugar diferentes a los que viven, como podemos ver en las imágenes de la página 65 tomadas de *La señorita Emilia* de Barbara Cooney (Ekaré, 1991).

En el caso de los libros para niños, esta imagen se mantiene casi intacta. Ya no se trata de una fogata o de una comunidad entera, sino simplemente de un niño con su madre, su padre o su abuela o abuelo, acurrucados en una cama o en un sofá, compartiendo ese momento único de la narración. En ese instante, la brecha de Rousseau se desdibuja completamente para dar paso a un espacio igualador marcado por el afecto, tal como podemos apreciar en la imagen de la página 72 tomada de *La cama de Isabella* de Alison Lester (Ekaré, 1992).

Los libros para niños mantienen vivo el calor de cuentos de antaño que eran contados de boca en boca, aunque a veces poco les quede de esa estructura narrativa. El simple hecho de requerir de un cuentacuentos y un oyente que deben interactuar en completa sincronía, hace que nos transportemos al origen del cuento como por acto de magia. Muchos libros para niños recrean esta sensación de familiaridad en el seno de sus historias a través de imágenes que representan personajes hogareños, compartiendo una buena lectura (Véase Tucker, 19 y Wolf, 19).

Pensemos, por ejemplo, en los libros de Arnold Lobel donde son frecuentes las escenas de alguien disfrutando de un delicioso libro en la intimidad del hogar, bien sea en solitario como sucede en *Búho en casa* (Ekaré, 2000), o de unos ratones acurrucados en una gran cama esperando que papá les cuente o lea un cuento antes de cerrar los ojos, como ocurre en *Historias de ratones* (Kalandraka, 2000). O en la encantadora *Olivia* de Falconer (FCE, 2001), una cerdita incansable que haría cualquier cosa por negociar que su madre le leyese más cuentos antes de rendirse al sueño. El cierre de ese libro es una imagen perfecta para ilustrar a lo que me refiero en cuanto a la lectura como un espacio amoroso que sólo halla su

imperfectible placidez en el hogar. Tal como aparece en esta imagen (ver página 74) de la madre de Olivia leyéndole a su hija lo que suponemos es una biografía de la cantante de ópera María Callas, la lectura compartida es un momento de tregua, de comunión entre adultos y niños.

La lectura y la presencia de libros en casos como estos, nos muestran lectores que disfrutan de leer desde la intimidad del hogar, saboreando la inigualable concreción de un acto privado y único. La diferencia entre esta imagen y la de San Ambrosio consiste en que la interpretación recae en dos o más lectores y no en uno. A mi modo de ver, el placer de hallarse absorto ante una buena historia probablemente sea el mismo: la construcción de significados es individual y compartida *simultáneamente*. La solemnidad de leer que caracteriza nuestra cultura libresca, no sé si puede verificarse en estas imágenes, pero ciertamente se puede percibir que las distintas partes son convidadas por el libro a una agradable ceremonia, donde el lector infantil participa de un encuentro doble con lo afectivo: uno con el libro, sus personajes y su anécdota, y otro con aquel que ha sido tan amable de compartir con él un cuento.

En un hermosísimo y entrañable libro escrito por Kate Bauks e ilustrado por Georg Hallensleben, titulado *Si la luna pudiera hablar* podemos apreciar este encuentro doble. Un papá le lee un cuento antes de dormir a su hija. La niña observa al libro desde el regazo de su padre. Nosotros, los lectores de este álbum, quienes posiblemente nos hallamos compartiendo este libro con un lector querido, vemos, desde la omnisciencia que nos ubica la perspectiva del ilustrador, a padre e hija compartiendo un libro juntos. También observamos las ilustraciones de este libro, o quizás las fabulaciones que hace la niña en torno a lo que sucede en la historia que le es narrada. Aquí los lectores (padre-cuentacuentos e hija-oyente) están compartiendo, comunicándose, a través de las historias de otros y nosotros entramos en ese mismo juego de historias y representaciones interminables, como si fuéramos también otra representación de acaso un libro más perfecto, el universo.

Así, tanto en este libro como en los otros que he mencionado, la lectura no sólo es “una conversación con los más ilustres de otros siglos que fueron sus autores”, como lo quería ver Ruskin (Proust, 1998), quien prefería ser visitado por los libros que por las personas, sino una promesa aún mayor: la de comunicarnos con las personas más cercanas y queridas de una manera distinta a como lo hacemos habitualmente.

Por supuesto que también existen libros para niños que retratan las imposibilidades de comunicación o de encuentro absoluto entre mayores y peque-

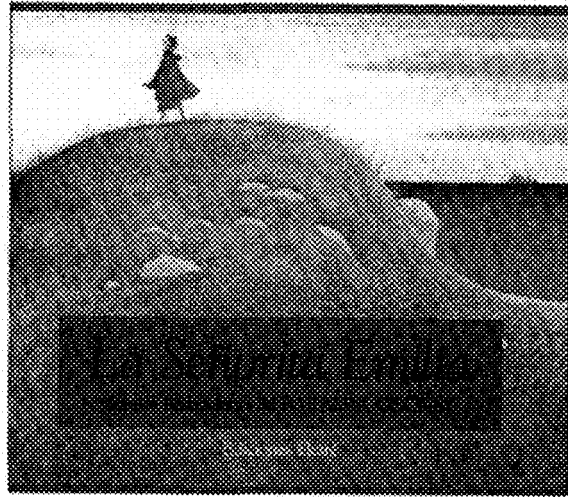
ños. El libro a veces se interpone y, en lugar de ser un puente igualador, es un obstáculo para hablar o compartir de otras maneras.

¿*No duermes, osito?* (Kókinos, 1996), un libro de Martin Wadell ilustrado por Bárbara Firth, nos puede ayudar a comprender cómo el libro puede ser una suerte de obstáculo generacional. Oso Grande acuesta a dormir a Oso Pequeño, pero este no parece tener sueño o ganas de dormir. Apenas Oso Grande lo acuesta y se sienta cómodamente en un sillón a disfrutar de un buen libro (que luego descubrimos en el mismo libro que nosotros estamos leyendo), Oso Pequeño lo llama bajo toda clase de excusas porque en realidad, más que dormir, lo que desea es disfrutar de su compañía por un rato más. Oso Grande busca soluciones rápidas a las peticiones de Oso Pequeño para ver si así podrá entregarse finalmente a la lectura en acto solitario, pero el pequeño no lo deja. No es sino hasta que Oso Grande lo atiende completamente que ambos pueden llegar a una solución salomónica. Los dos se acuestan en un sillón en compañía de un libro: Oso Grande lee, mientras que Oso Pequeño duerme.

Algo parecido ocurre en *Libro del verano* de Tove Jansson (Siruela, 1996). En éste, Sofía, la protagonista, pasa unas singulares vacaciones con su excéntrica abuela. Con tantas cosas que hay por hacer en esa isla donde veranean, Sofía se exaspera frecuentemente esperando que su abuela abandone su lectura para dedicarse por completo a ella. Nunca sabemos qué lee la abuela, pero si presenciamos las muchas veces que Sofía intenta interrumpir la lectura de esta ávida lectora.

En ambos casos, la lectura no necesariamente nos señala una brecha generacional impuesta por el libro, sino simplemente un desencuentro. Sin embargo, hay libros donde los desencuentros se convierten en barreras de incomunicación rotunda, como sucede en *Gorila* de Anthony Browne (FCE, 1991). En este libro estremecedor, los indicios para mostrarnos que Ana y su padre llevan vidas paralelas, a pesar de vivir juntos, son muchos. Para empezar, los personajes rara vez se encuentran y cuando lo hacen nunca cruzan la mirada ni intercambian palabra alguna. Ambos leen, pero nunca en conjunto; él lee la prensa y ella libros sobre gorilas, que son su fascinación.

Una de las escenas más desoladoras es ésta: la de un desayuno totalmente aséptico, sin alimento, en una cocina gélida con un padre igualmente gélido que ignora a su hija mientras lee con indiferencia el periódico. Aquí la lectura, lejos de ser una invitación a compartir, es más bien una especie de muralla impenetrable, lo cual resulta curioso si recordamos que Ana sabe leer. En la página anterior, la hemos



visto devorando con emoción un libro ilustrado. ¿Es acaso el periódico lo que impone la distancia?

En este libro, como dije anteriormente, casi todo impone la distancia, pero yo me aventuraría a decir que este sí es un elemento que refuerza la situación tirante que caracteriza la relación entre Ana y su padre. ¿Responde esta imagen a un estereotipo cultural? Creo que sí.

Entre la galería de imágenes estereotipadas que tanto han discutido las feministas está, sin duda, la del padre que disfruta de una pipa y el periódico mientras que ella, en vestido preferiblemente rosa y con delantal cocina galletas o sirve la mesa. En este tipo de imágenes usualmente los niños se encuentran jugando en medio de ambos, aunque siempre tratando de no hacer mucho ruido para no molestar a su imperturbable padre. Todos sabemos que el periódico no es precisamente el soporte más invitador para los pequeños lectores.

En contraste con esta imagen está esta otra escena donde Ana comparte mesa con Gorila, una suerte de versión mejorada o idealizada de su padre. La mesa se acorta y está llena de comida rica y divertida, los colores son cálidos, y Gorila la mira a ella sin que ningún periódico se interponga. No hay nada que leer, más que la mirada de Gorila y sus gestos cariñosos.

Ahora bien, sabemos que los libros y la lectura compartida pueden estrechar los vínculos entre los distintos miembros de la familia, tal como la narración oral lo hacía en las comunidades. También sabemos que los libros para niños suelen hacerle homenaje a estos encuentros a través de sus imágenes y representaciones. Pero ¿sucede lo mismo con los jóvenes? ¿Se pierde en la literatura juvenil esta reconfortante metáfora hogareña?

Segunda metáfora

Del lector viajero que un buen día se convirtió en enciclopedia

La imagen de la lectura como viaje o aventura es quizás una de las metáforas más empleadas para explicar qué efectos surten los libros en sus lectores. Según Víctor Moreno, la infatigable recurrencia de esta asociación se debe a que es “una de las ideas más queridas de la civilización libresca occidental” (1999), pues parte del principio romántico de que la formación integral del sujeto depende de las experiencias obtenidas mediante viajes y libros.

Tanto en los viajes, como en los libros, llegamos a sitios desconocidos donde no sabemos con qué personajes, situaciones y espacios vamos a encontrarnos. Empezar un viaje, bien sea físico o literario, requiere de una buena dosis de abandono. La única certeza del viajero está cifrada en su partida. Por supuesto, habrá imprevistos y, si se trata de un buen viaje, su riqueza estará precisamente en éstos. La certeza del lector está en la portada o acaso en la primera página. Y para disfrutar plenamente de su lectura deberá firmar el famoso pacto de la ficción.

En ambos casos, el sujeto debe construir, crear, una suerte de mapa de navegación cuyos hitos son decisiones personales que le permitirán reconocerse, descubrirse, en la medida que llega a nuevos destinos. El paisaje indómito y desconocido hace eco en el viajero como un *déjà vu*. Frases y pasajes logran una resonancia con lo más profundo de la interioridad de ese lector, como si estuviese escuchando por primera vez algo que siempre había querido decir pero que nunca había sabido qué quería decir o nunca supo cómo poner en palabras. El lector, como el caminante de Machado, “hace camino al andar”; un camino al autoconocimiento y, por consiguiente, a la madurez. De estas premisas, y de otras analogías igualmente válidas, surge esta dupla metafórica (véase Moreno, 1999).

Partiendo de esta imagen que acabó convirtiéndose en precepto cultural, los niños, especialmente los varones, recibieron durante siglos lecturas de viajes donde jóvenes se hacían hombres sorteando los obstáculos que les imponía el destino. Los libros de Defoe, Swift, Stevenson y Salgari son buenos ejemplos de ello. Es factible que muchos de los que estamos hoy aquí hayamos crecido con ellos y que nuestros padres nos los hayan regalado pensando que nos habían proporcionado insumos para nuestra formación y crecimiento. Un viaje literario de esta índole debía hacernos renovados Robinsones, empresarios burgueses capaces de no perder la cabeza ni porque el destino nos llegase a sumergir en la soledad más devastadora. Estas novelas jamás nos convertirían en

aquel Robinson perturbado, imaginado por el complejo y moderno Tournier, que cela su isla como si fuera una mujer de la que el malvado Viernes es su amante. En otras palabras, estas novelas debían ayudarnos a descubrir y moldear nuestra identidad al ofrecernos los mejores héroes como patrones de referencia.

Pero ¿son éstos los libros que leen los jóvenes actualmente? ¿Es la novela de aventura considerada hoy en día como un pilar importante para la iniciación de los jóvenes en la vida adulta? Carezco de los medios para responder estas preguntas porque no sé si los lectores que conozco son representativos del resto. Lo que sí puedo hacer es pensar en las novelas juveniles que he leído últimamente, y verificar si la relación entre viajes y novelas de formación (*Bildungsroman*) se mantiene intacta.

Pertenezco a ese grupo que cree que las buenas novelas de aventura no pasan nunca de moda porque, a diferencia de las novelas psicológicas, les da pereza ser comentadas y prefieren ser contadas una y otra vez. Lo que sí creo es que la relación implícita que había entre la novela de aventuras y novelas de formación ha sido sustituida en buena parte de la literatura juvenil contemporánea por libros que se centran más en la formación (deformación) de sus lectores que en otra cosa. Esto se ha traducido muchas veces en una serie de colecciones de dudosa calidad literaria, donde autores que escriben por encargo, lamentablemente, buscan más despertar comentarios en el lector que hacer que éste se sumerja en la narración, en el viaje. Más que ser secuencias de acciones, son listados de temas importantes por abordar con los jóvenes, como lo son las drogas, el sexo, la anorexia y la tolerancia. Debo admitir que ante este tipo de literatura juvenil, mi visión suele estar sesgada.

Dentro del marco de lo que podríamos denominar “la nueva novela de formación”, encontramos muchos libros, demasiados, donde esos temas relevantes son tratados a la ligera con una dosis exagerada de alarma y moralismo que ningún joven que se halle verdaderamente en problemas pueda soportar. Pero apartando los libros que carecen de verosimilitud y tridimensionalidad, los hay de viajes formadores como los de antes y otros que plantean recorridos menos obvios que aquellos de piratas, viajeros y corsarios.

Quisiera centrarme en aquellos cuyos protagonistas se toman literalmente la idea de que la lectura es un viaje, un aventurarse en el mundo adulto sin tener que hacer demasiadas peripecias en el mundo real. En estos libros, los personajes son una suerte de *jóvenes-enciclopedia*, desubicadísimos que, a pesar de todo el conocimiento que han macerado, saben poco de cómo vivir la vida.

Tengo un recuerdo un poco vago de una serie que me encantaba leer en la escuela. No he vuelto a ver estos libros y ni siquiera sé si alguna vez fueron traducidos al español. En todo caso, el personaje principal era un tal Encyclopedia Brown, un niño sabiondo, como de unos 12 ó 13 años, que era hijo de un comisario o policía que no era ni remotamente lo sabio que era su hijo. Y para hacerles el cuento breve, Encyclopedia se había ganado su sobrenombre por las infinitas lecturas que había hecho, el conocimiento que había acumulado en tan poco tiempo y los casos que le había resuelto a su padre. A mí me fascinaba su habilidad para escrutarlo todo como si fuera cosa de la suma más fácil, pero me resultaba, a la larga, un poco detestable eso de que nada fuera una verdadero reto para su intelecto y que su pobre padre fuese tan bruto. Mis emociones en torno al personaje eran ciertamente ambiguas.

En los últimos años he asistido a la clonación de esta mente prodigiosa; he visto nacer otros personajes de características parecidas. Mi reacción ante ellos sigue siendo más o menos la misma. Me deslumbran primero, me molestan un poco después porque se las saben todas, y luego me conmueven porque sus autores (ciertamente más humanos que los de Encyclopedia) se encargan de mostrarnos sus debilidades y limitaciones. Si entramos en psicoanálisis barato seguro hallaremos algo de espejos y proyecciones que expliquen porqué estos personajes me tocan de manera especial. Pero para no hablar de mí, hablemos de cómo son estos personajes, héroes inofensivos e insospechados, más parecidos a la Jo de *Mujercitas* que a un Jim Hawkins.

Un clon casi idéntico a Encyclopedia es el protagonista de *La mujer de ojos marrones* de José Ferrer Bermejo (1993), sólo que en lugar de ser hijo de un policía y resolver casos, es hijo de un ladrón de obras de arte y él es el cerebro que está detrás de todas las operaciones. También es un tipo de enciclopedia andante que debe cuidar de su padre, que es una especie de Peter Pan incurable. Es un erudito que sabe de arte, literatura, música y cine a unos extremos que resultan insoportables.

Pero hablemos de algunos personajes enciclopédicos con más carisma, como por ejemplo, Mari Juana, la narradora de *Úrsula* (Anaya, 1990), una novela de Alice Viera. Mari Juana es una jovencita de lo más docta, lectora incesante que quiere ser actriz de teatro algún día. Esta quinceañera tiene opiniones contundentes sobre absolutamente todo y no teme hacer aseveraciones graves ante casi nadie. Se refiere a su madre con cierto tono condescendiente, a quien no aprueba por ser tan femenina y chapada a la antigua:



Barbara Cooney. *La señorita Emilia*. Ekaré. 1991

Mi madre dice que soy "muy irreverente", y que con tanta lectura y tanto teatro, por ese camino me quedaré soltera, cosa que le preocupa bastante más que el costo de la vida o el precio del kilogramo de almendras...

De Xuxu (Úrsula), la muchacha con la que le toca compartir cuarto este año, se burla permanentemente porque le parece que es el ser más trivial y superficial con el que le haya tocado relacionarse nunca. Su padre y su madrastra parecen ser las únicas personas verdaderamente "respetables" en su entorno, y eso porque son cultos y modernos. A Mari le es mucho más fácil identificarse con lo masculino que con su lado femenino, lo cual empieza a mostrarnos por dónde comienzan sus inseguridades.

La historia es, en realidad, extremadamente simple. Casi no pasa nada; pocas acciones rodeadas de



Barbara Cooney. *La señorita Emilia*. Ekaré. 1991

miles de comentarios insidiosos e irónicos que son para morir de la risa. El libro se construye a partir de las reflexiones de Mari, las cuales giran en torno a su relación con los libros y el teatro, su familia y la tal Xuxu que tanto detesta, a quien luego acaba queriendo y respetando por cómo ha cambiado a lo largo de los meses de convivencia. Al final, Viera sutilmente nos deja ver que no sólo Xuxu ha cambiado a tal punto que ahora prefiere que la llamen por su verdadero nombre, Úrsula. Mari aparece al final un poco más reconciliada con su feminidad.

Las novelas *Nunca seré un superhéroe* de Antonio Santa Ana (2000) y *Me dicen Sara Tomate* de Jean Ure (2000), muestran a personajes masculinos bastante parecidos a Mari Juana. Ambos, jovencitos sabiondos, lectores empedernidos, no muy buenos con los deportes, que se enamoran platónicamente de la niña más bella del salón, quien obviamente no corresponde su amor. El camino para amar en silencio es el de la lectura y el de escribir poesía (pésima y típicamente cursi poesía adolescente). Ambos libros acaban con el desengaño. En *Nunca seré un superhéroe* el protagonista crece, volviéndose más autocrítico, al punto que descubre que su poesía, que en un comienzo creía insuperable, es peor que mediocre. Y en *Me dicen Sara Tomate* el desengaño amoroso hace ver al protagonista que el amor no es tan estereotipado como pensaba y puede hallarse donde menos se le espera.

Un poco distinta a éstas, aunque en esencia sea lo mismo, es *Bonsai* (Norma, 1998) de Christine Nöstlinger. Esta novela deliciosa, tan o más humorística que las anteriores, cuenta las andanzas de un muchacho que ha sido filósofo desde que tiene memoria. A su cortísima edad, ya ha leído buena parte de los grandes pensadores de la filosofía occidental y ve todo analíticamente, tan analíticamente que duda de absolutamente todo: de su sexualidad, de su relación con su prima y su madre, a quien se refiere siempre como la divorciada. Le dice Bonsai porque, aunque es bastante pequeñito para su edad, es guapisimo y brillante: un hombrecito perfecto a escala. A pesar de todo su conocimiento libresco, Bonsai es bastante limitado en cuanto a vida emocional. Los libros le han servido para iniciarlo en un mundo de interpretación que poco le han aportado para descifrar su realidad inmediata. Su vida cobra otro giro cuando se vuelve más empírica.

Todos estos *jóvenes-enciclopedia* son únicos en cuanto a la manera en que han sido caracterizados. Las historias en las que aparecen ciertamente son lecturas que recomendaría. Sin embargo, creo que en el fondo la imagen que se nos presenta de estos personajes corresponde, en general, aunque no siempre, a la concepción tradicional que la gente tiene de los

lectores. Es decir, que son retraídos, poco sociables, sensibles, enamoradizos, dedicados esencialmente al ejercicio de su mente y no de su cuerpo, un tanto torpes emocionalmente, solitarios. Esta imagen del lector que por sí sola parece estereotipada, es elaborada y criticada para darle renovado sentido. Los autores de estos libros confrontan a sus infalibles *jóvenes-enciclopedias* con circunstancias reales que los sobrepasan, donde sus viajes libresco poco tienen que decirles sobre cómo pueden sobrellevar sus dificultades y limitaciones fuera de las tapas de un libro. Estas nuevas versiones de la novela de formación recuerdan al lector (tanto al que está dentro del texto como el que se encuentra leyéndolo) que para que la lectura sea significativa ellos deben hacer marcas en su mapas personales, buscar las resonancias y ecos, o simplemente vivir fuera del texto para que la lectura y las otras vivencias que experimenten se conviertan en experiencias reales y valiosas. Así nos recuerdan que el mapa que propone la novela o el texto en general es, inevitablemente, una distorsión de la realidad que sólo puede ayudarnos a ampliar nuestra percepción del mundo como si fuera un alucinógeno, pues se trata de una cosa de escala, proyección y simbolización (Véase, De Sousa, 1991).

Tercera metáfora

De la lectura como poder y el lector subversivo (analítico)

De la lectura como poder se ha escrito mucho. Si realmente somos gentes de libro, pues, no cabe duda de ello: quien sabe leer o se dedica a los libros debería ser poderoso. Los que trabajamos como promotores de lectura sabemos que eso no es tan matemático, pero que no deja de ser cierto. Quizás ahora nos cueste un poco verlo, pero cuando en el mundo sólo estaban alfabetizados unos pocos y eran ellos los que controlaban todo, con la excusa de que su liderazgo había sido escrito con puño y letra del Señor Dios, la cosa estaba más clara.

No hace falta recapitular en este contexto cómo el hecho de saber leer nos permite desenvolvemos mejor en un mundo donde las cosas siguen siendo dominadas por la palabra, aunque muchas cosas ya no puedan explicarse sino a partir de números, ecuaciones y fórmulas que sólo unos pocos consiguen entender (Véase Steiner, 1994).

Según Neil Postman –un catedrático estadounidense famoso por sus teorías polémicas sobre la infancia y la educación– la palabra escrita fue la que le quitó a los niños las posibilidades de ser participativos en las decisiones políticas, sociales y económicas, que ahora sólo relacionamos con el mundo adulto. *Grosso modo*, su teoría consiste en

que cuando el mundo estaba dominado por la oralidad, como sucedía en la Edad Media, niños y adultos convivían sin diferenciaciones de ninguna clase. Los niños tenían acceso a todo y podían hacer cualquier cosa, menos la guerra y el amor, aunque hay evidencias históricas de que también llegaban a intervenir en esos espacios (Véase Postman, 1994). Hoy en día, los niños tienen una participación más limitada que en aquellos tiempos, aunque no me atrevería a ser tan taxativa en eso. Ellos y los adolescentes, que ahora vienen a ser más o menos una misma cosa (aunque a los piagetianos esto les dé dolor de barriga), participan más que nadie en la cultura de consumo, ingieren toda clase de productos, a los que tiene acceso casi ilimitado gracias a la televisión y la Internet. Alabada sea nuestra plural y multiforme cultura visual...

En todo caso, concentrémonos en lo que representa para ellos el acceso a la cultura escrita. Sabemos que aquellos niños que descubren la lectura y tienen la oportunidad de nutrirse con los conocimientos que ésta ofrece, no escatiman en eso de hacer gala de lo que saben. Si son lectores de textos informativos, tanto peor, comienzan a marearlo a uno con que si sabíamos que el dinosaurio tal pesaba tanto o que una nebulosa es tal o cual cosa (Véase Betty Carter, 2001). En los momentos que exhiben y ponen en práctica su sabiduría son parte del mundo adulto, y suelen estar orgullosos de ello. La posibilidad de leer, de entrar a hurgar entre las cosas de los adultos por un rato, les permite defenderse, ser críticos, dudar de lo que se les impone y tomar posiciones. Hay escritores como Carroll y Dahl que, por ser ellos mismos unos niños enamorados de la infancia, conocen bien este secreto y lo explotan en sus libros como muy pocos han logrado hacerlo.

En un libro titulado *No se lo cuenten a los mayores* (1998), Alison Lurie propone a la literatura infantil como el espacio subversivo por excelencia. El libro, que dicho sea de paso es una verdadera delicia por su tono chismográfico y sus entretenidas anécdotas, valida su hipótesis con agudeza y buen sentido del humor a partir del análisis puntual de varios libros-hito de la literatura anglosajona para niños.

Para ella, la clave de que la literatura infantil sea subversiva reside en el *nonsense*:

Las grandes obras de la literatura subversiva infantil nos sugieren que existen otras formas de ver la vida, diferentes a ir de compras o a la oficina. Se burlan de las ideas vigentes y expresan su punto de vista no comercial, alejado de las convenciones de este mundo, en su forma más simple y pura. Hacen una llamada a ese niño imaginativo, interrogante y rebelde que todos llevamos dentro, renovando nues-

tra energía instintiva y actuando como una fuerza que nos impulsa al cambio.

No podría estar más de acuerdo con ella; a mi parecer el *nonsense* es uno de los mejores aportes de los ingleses a la humanidad. A diferencia de los libros didácticos y morales que sentaron las bases para la creación de los primeros libros para niños y que, aún hoy, siguen moldeando las obras de muchos adultos bien intencionados que son pésimos escritores de libros para niños, la literatura infantil tocada por el *nonsense* se caracteriza por darle aliento, suspiro, risa y ¿por qué no? poder a los más pequeños.

Alicia en el País de la Maravillas se construye en tomo al *nonsense* y quizás por ello sigue más vigente que nunca. Carroll se valía de interminables juegos de palabras y personajes adultos completamente venáticos para criticar el *mesopotámico* (Véase Ferreiro, 1999) y tautológico sistema de enseñanza que moldeaba y aún moldea la escuela, así como para hacer sátira política. Alicia es una niña inteligente, lectora, bien educada, de buenos modales y con un conocimiento bastante justo del mundo. Sin embargo, constantemente queda fuera de sitio cuando algún personaje le dice que las cosas no son como crec que son o como se las han enseñado. Aunque su encuentro con el País de las Maravillas se trata de un sueño, ella regresa transformada, crecida. Buena parte de su cambio está en que ha crecido como lectora, ha comprendido que leer (me refiero aquí a la lectura en el sentido más amplio de la palabra) consiste, en gran medida, en saber que lo que está escrito en los libros y lo que los demás nos dicen que es cierto no siempre lo es.

Pensemos por un momento en el episodio de la fiesta del té. Alicia se siente incómoda en la conversación con el sombrerero y la liebre. En algún momento le dice al sombrerero que debería aprender a no a hacer afirmaciones tan personales, porque es de pésima educación y mal gusto. El destabilizador sombrerero le responde con más *nonsense*: “¿En qué se parece un cuervo a un escritor?” (Véase Babbit, 2001). El acertijo terrorista conduce a una conversación donde el sombrerero le deja ver a Alicia que siempre somos objeto de nuestra posición en el mundo y que no existe tal cosa como la objetividad o las opiniones sin subjetividad. La fiesta del té nos confirma que nada es claro, que las verdades no son absolutas.

En el fondo el ataque del sombrerero no es a Alicia sino a los adultos. Nada de creerse que porque se es grande se sabe todo lo que hay que saber. Aquí el *nonsense* proporciona al niño un primer encuentro con la relatividad de las cosas, con la idea kantiana

PUBLICIDAD

PUBLICIDAD

de que todo está cifrado en el encuentro y del principio lector, de que todo depende de la interpretación, de la lectura que hagamos del mundo. Es más cómodo pensar que las cosas son siempre de una sola manera y que nunca pueden ser de otra. Los niños, que la mayoría de las veces nos superan en sabiduría, intuyen que eso no es así y, sin ninguna dificultad, convierten un lápiz en cohete y una lata en carro.

Como lo dije antes, esta tradición ha encontrado otros exponentes que desarrollan esta imagen del lector analítico que, por ser mordaces y tener la capacidad de cuestionárselo absolutamente todo, pueden dejar de estar en una posición de desventaja y conseguir casi cualquier cosa. *Matilda* (1999), el último gran libro que nos dejó Dahl, es un excelente ejemplo de esto.

Aunque seguramente todos conocen la historia, bien sea por el libro o su versión cinematográfica, recapitulo de qué se trata. Matilda es una niña prodigio, lo cual salta a la vista de todos excepto sus padres. Los señores Wormwood, literalmente, ignoran a su hija. Desde los 3 años, Matilda lee con absoluta fluidez, a pesar de que su casa debe ser el peor entorno lector visto; sólo hay un libro de cocina, que ni siquiera leen porque sólo se alimentan con *TV-dinners*. Todos los días, mientras su madre sale a jugar canasta, ella se escabulle de la casa para hacer lo que más le gusta: leer.

En vista de que en su casa no tienen cabida los libros, Matilda, disciplinadamente, va a la biblioteca. Allí primero lee, sin ninguna mediación adulta, toda la sección infantil y luego procede a la sección de libros para adultos bajo la tutela de la Sra. Phelps, la bibliotecaria ideal que todos tenemos en la cabeza y que esperamos nuestros hijos encuentren algún día. A la edad de 4 años, Matilda ha leído más libros de los que un estudiante promedio ha conocido a lo largo de su carrera universitaria.

A su padre le enfurece que su hija sea lectora. No entiende cómo esa mocosa prefiere siempre leer antes que ver la tele. Este señor, que es un vendedor de autos usados de comedia americana a lo Chevy Chase, pierde la chaveta cuando ve a su hija leyendo con tanta placidez. Un día, sin ninguna razón aparente, le arranca un libro a Matilda y procede maníacamente a rompérselo.

Esto es demasiado para la pobre Matilda, quien hace esfuerzos titánicos por querer a sus inqueribles progenitores. A partir de este momento, Matilda se convierte en una terrorista (¿activista?) literaria que utiliza el poder de las palabras para hacer justicia. Antes de devolver cualquier golpe o baja que le es propinado, lee todo con mirada afilada y escrutadora, estudia las debilidades de su enemigo y planea una venganza perfecta que no deje huella.

Cuando entra en la escuela se encuentra con un universo diferente al reducido mundo televisivo de su casa. Allí conoce a la dulce Srta. Honey, su adorable maestra, y a sus compañeros de clase: unos chiquillos de lo más encantadores con los que hace amistad inmediatamente. También conoce a la pérfida Srta. Trunchbull, una solterona gorda y amargada que desafortunadamente es la directora del colegio. La Srta. Trunchbull se convierte en la otra figura de arbitrariedad y estupidez adulta a la que la nunca mal ponderada Matilda debe enfrentarse. A través de este personaje, Dahl nuevamente cuestiona el *status quo* de los adultos en general y de las autoridades educativas en particular.

De nuevo aquí los niños son más flexibles que los adultos cuando llega la hora de interpretar el mundo, y es su capacidad analítica la que les permite ser subversivos. Matilda y sus compañeros de clase van como las termitas derrumbando poco a poco las estructuras de poder. Esperan con paciencia que la Srta. Trunchbull caiga por su propio peso, que ya sabemos es mucho.

Además de todo lo que la Trunchbull le hace a los niños, Matilda descubre que su querida Srta. Honey es la mayor víctima de esta bola de problemas. Resulta que ella es la tía de la Srta. Honey. Y, como sacada de uno de los libros de Dickens que Matilda ha leído con tanto entusiasmo (Véase, Petzold, 1992), la Srta. Honey, Jenny, es una pobre huérfana que, al igual que *Oliver Twist*, ha sido víctima de quien se suponía debía ser su benefactora. Quien debía ser la más piadosa con ella, había asesinado a su padre, quitado su herencia, abusado de ella y obligado a vivir en condiciones infrahumanas.

Esto hace rabiar a Matilda. Está harta de ver cómo la Trunchbull pisotea a los más débiles. Su indignación es tal, que comienza a desarrollar la extraña destreza de mover las cosas con tan sólo mirarlas. Toda su genialidad, todas sus lecturas, todo lo que la hace fuerte, se le sube a la cabeza y le permite hacer cosas extraordinarias.

Al final del libro, Matilda prepara el plan perfecto para desenmascarar a la bruja de Ágatha Trunchbull. De nuevo aquí la hazaña se realiza a través de la palabra escrita. Matilda se concentra y hace que la tiza escriba en la pizarra lo siguiente:

“Agatha, soy Magnus” [nombre del papá de la Srta. Honey]...

La Trunchbull intenta borrarlo pero de nuevo aparece una escritura como venida de ultratumba:

“Soy Magnus y harás bien en creerlo. Agatha, devuélvele a Jenny sus salarios. Devuélvele a Jenny

su casa. Luego vete de aquí. Si no lo haces, vendré por ti, como tú hiciste conmigo. Te estoy vigilando, Agatha”.

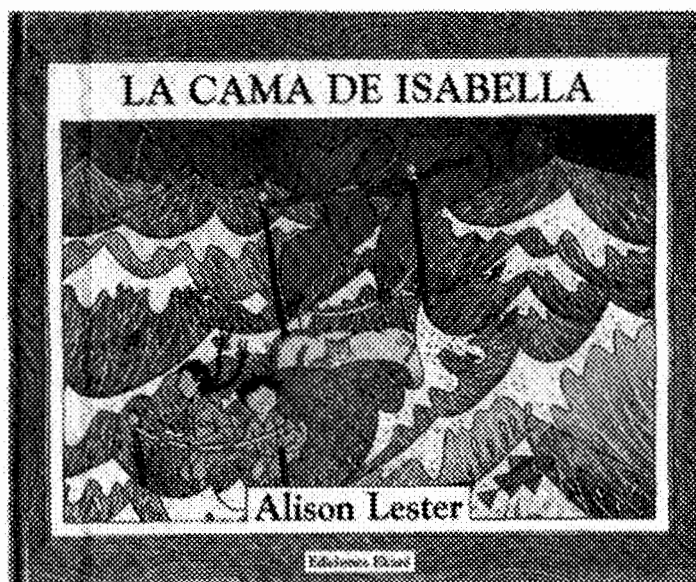
La Srta. Trunchbull se desplomó. Apenas se recuperó salió corriendo de la escuela y nunca más se le volvió a ver por ese pueblo. Como era de esperar, se restableció el orden. Jenny recupera lo suyo y se convierte en la nueva directora. A nuestra heroína también le ocurre algo extraordinario: un día llega a casa y ve a su familia empacando con desespero; se ha descubierto que su padre había participado en una estafa gigantesca. Su familia se prepara para huir a España. Matilda no desca acompañarlos. Desesperada, busca a la Srta. Honey para pedirle asilo. Los padres de Matilda consienten sin chistar y allí tenemos una historia con un inconfundible final feliz al modo irreverente de Dahl.

Los actos subversivos realizados por esta extraordinaria lectora han permitido que el mundo que la rodea vuelva al orden libresco que le corresponde; el poder ha sido nuevamente puesto en manos de los lectores. Dahl nos muestra una imagen victoriana de la infancia renovada, donde los niños siguen siendo inocentes y buenos hasta que se demuestre lo contrario, pero que pueden dejar de ser vulnerables si no los mantenemos en perpetua *agnosis*, ignorancia. La lectura vence otra vez...

Para cerrar con esta metáfora quisiera mencionarles uno de los libros que, en mi opinión, mejor recrea la imagen de lectura como espacio subversivo. Me refiero a *El secuestro de la bibliotecaria* de Margaret Mahy (1995), un libro divertidísimo. En él, la Srta. Laburnum, la bibliotecaria del pueblo, es secuestrada por una banda de ladrones que esperan hacerse ricos con el rescate porque todos saben cuán importantes son las bibliotecas y sus bibliotecarios.

Los malhechores no contaban con que la Srta. Laburnum acababa de visitar a unos niños con sarampión. Todos, excepto el jefe de la banda caen en cama. La Srta. Laburnum, quien es una bibliotecaria insigne que vive su vida *by the book*, los convence de que la solución a este percance está en un libro. El jefe de la banda le deja ir a buscar los insuños necesarios. Ella, que es una mujer de palabra, regresa con libros para aliviarlos con historias. Pronto la banda se vuela adicta a los libros y como la burocracia del ayuntamiento no ha permitido responder a sus exigencias, deciden dejar ir a la secuestrada. Las autoridades del pueblo, a diferencia de la ingeniosa bibliotecaria, son incapaces de resolver absolutamente nada porque su lectura de todas las situaciones está apresada por su limitante literalidad.

Al cabo de unos días, el jefe de la banda aparece en la biblioteca nerviosísimo. Estaba tratando de



escaparse de un policía. Había sido un error andar por el pueblo de esa manera, pero al bandido le urgía buscar libros para sus muchachos. Éstos no eran los mismos desde que descubrieron las historias de *Ali Baba y los cuarenta ladrones*, *Robin Hood*, y tantos otros libros maravillosos. El jefe de la banda pide ayuda a la Srta. Laburnum, quien logra sacarlo del aprieto sin quebrantar nunca las reglas de la biblioteca.

“—Déme su nombre, ¡rápido! —dijo ella.

El bandido jefe dio un brinco hacia atrás. Una expresión de horror se adivinó bajo su barba negra y enmarañada.

—¡No, no! —exclamó—. ¡Cualquier cosa menos eso!

—¡Rápido! —apremió la Srta. Laburnum—. Dése prisa o no podré ayudarle.

El bandido jefe se inclinó sobre el mostrador para susurrar al oído de la bibliotecaria:

—Bienvenido Bienhechor.

La Srta. Laburnum no pudo evitar una sonrisa. Ciertamente era un nombre extraño para semejante personaje. (...)

[Entonces] le colocó una etiqueta con un número, como si fuera un libro, y le situó en una estantería con muchos volúmenes de autores cuyos apellidos empezaban por la letra B. El bandido estaba colocado con exactitud por orden alfabético, ya que el orden alfabético es una regla esencial para cualquier bibliotecario”.

Pronto llega el policía y ve al bandido entre los libros por autores que comienzan con la letra B. Cuando se lo pide a la Srta. Laburnum, ella le dice

que claro que puede llevárselo pero que necesita su tarjeta de lector. El policía no la lleva consigo, así que corre a buscarla. A su regreso se encuentra con que alguien lo ha sacado en su ausencia. Adivinen quién lo sacó.

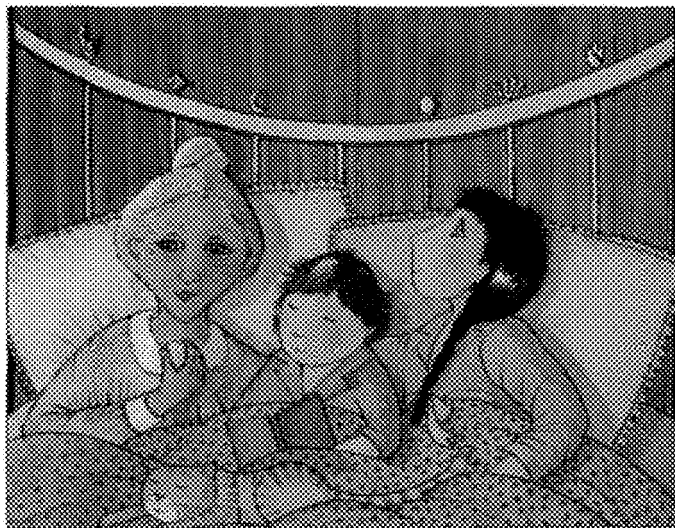
Después de este episodio, Bienvenido Bienhechor vuelve a encontrarse con la bibliotecaria después de un terremoto. La biblioteca está hecha un desastre y la Srta. Laburnum se encuentra sepultada bajo un cerro de libros:

Aplastada por la literatura –pensó la señorita Laburnum– La muerte ideal para una bibliotecaria.

El resultado de este incidente es inesperado y subversivo, digno del mejor *nonsense* británico. Bienvenido Bienhechor se casa con la Srta. Laburnum, tanto él como el resto de los miembros de la banda renuncian a la vida de crímenes que llevaban, y “¡oh!, sorpresa” ¿adivinen quiénes se convirtieron en bibliotecarios asistentes?

Desde entonces, aquella biblioteca funcionó extraordinariamente bien (...) La Sra. Bienhechor pensaba a veces que la biblioteca para niños era un poco más fantástica y salvaje, pero también más divertida, que el resto de las bibliotecas que conocía. Pero esto no le preocupaba. No le preocupaba que todos los bibliotecarios bandidos llevaran grandes barbas negras ni que quitaran todos los letreros que ordenaban SILENCIO y PROHIBIDO HABLAR.

Cómo pueden ver aquí, las claves para desestabilizar el *status quo* está en los libros y en la buena lectura. Después de todo, grande en verdad es el poder del libro.



Alison Lester. *La cama de Isabella*. Ekaré. 1992

Cuarta metáfora

La lectura, una puerta a la fantasía, el libro, su llave divina

Esta sí que es la metáfora más trillada de todas pero no por ello deja de gustarme. Creo que además es una buena imagen para cerrar. La metáfora de la puerta a medio abrir encaja perfectamente en mis planes de terminar en *opera aperta*, un recurso estilístico perfecto cuando queda poco tiempo. De todas, todas, debe ser la salida más decorosa para una *charla-souvenir* que tan sólo pretende extender la invitación de seguir buscando metáforas de lectura, que, como sabemos, son muchas y dependen de los lectores subversivos que nos esforcemos en ser.

Los Misterios del señor Burdick (FCE, 1996) es, sin duda, el libro más controvertido de Van Allsburg. Libreros y bibliotecarios se vuelven locos con él. Por un lado, se derriten por la fuerza expresiva de sus imágenes y el evidente dominio de las técnicas del dibujo que impresiona hasta al más insensible de los lectores, y, por el otro, no saben qué hacer con él.

“¿Cómo catalogarlo? ¿Es un libro de cuentos? ¿un laminario? O ¿qué? Y, ¿es para niños? ¿No es acaso un discurso demasiado fragmentado para ellos? ¿Entenderán algo? ¿Lo ponemos mejor en el estante de los libros para adultos que trabajan con niños? Alguien me dijo que podía servir para un taller de escritura”.

¡Vaya, para ser un capricho borgiano de un autor consagrado, cómo nos pone a pensar el librito! En mi opinión, este álbum es todas las anteriores cosas y mucho más. Amparado por el recurso ficcional del manuscrito hallado, Van Allsburg nos presenta catorce ilustraciones acompañadas de títulos y epígrafes pero ninguna historia. El libro, para mí, es ciertamente una puerta a la fantasía que nos permite meternos en los capítulos de lo que debe ser mínimamente algún episodio de la estremecedora serie de la década de los cincuenta, *La dimensión desconocida* (*The Twilight Zone*).

Imitando a Van Allsburg, no voy a analizar el libro, ni voy a contarles las historias que están cifradas en esos títulos, epígrafes e imágenes. Tan sólo voy mostrarles una de las ilustraciones que más me gusta, para que vean mi obvio ejemplo de la metáfora del libro como puerta a la fantasía. Espero que cada cual arme su propia historia, su mapa, con los recursos cartográficos, que “el señor Burdick le dejó al señor Van Allsburg”.

La biblioteca del señor Linden

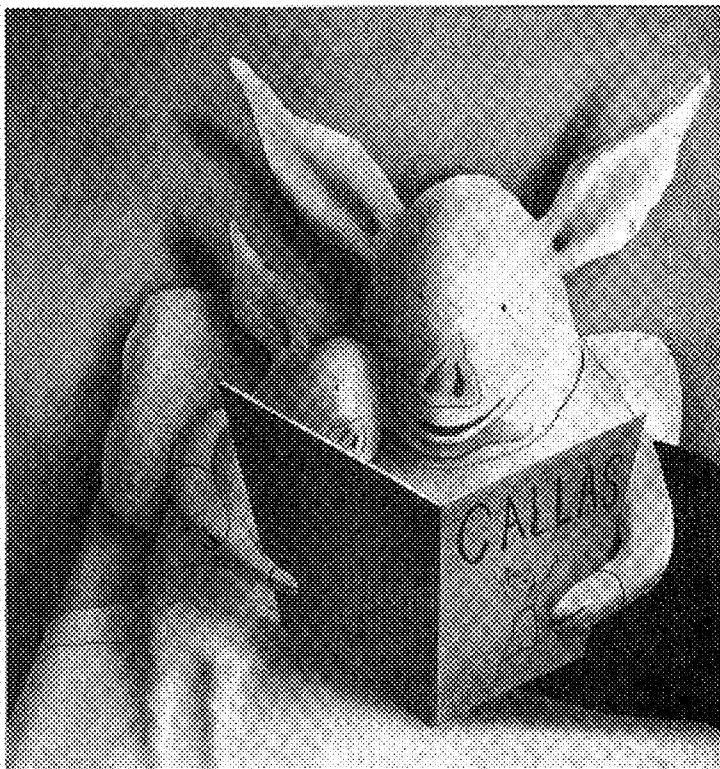
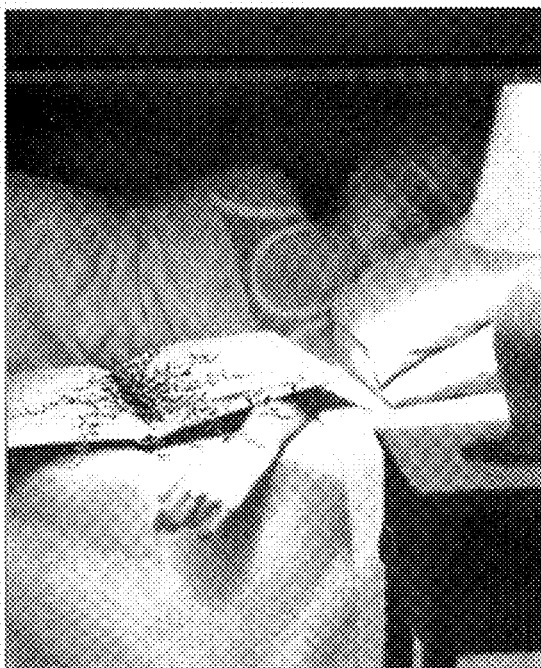
No sé a ustedes, pero a mí la imagen de la p. 74 tomada de *Los misterios el Señor Budick* de Chris Van Allsburg (FCE, 1996) me recordó *La historia interminable* de Michael Ende (1982). Seguramente conocen también este libro que se convirtió en una super producción filmica germano-americana a comienzos de los ochenta. La película en cuestión llevaba un nombre ligeramente distinto al del título original, *La historia sin fin*. El libro entra perfectamente en lo que conocemos como fantasía épica, un género que uno o ama u odia. Yo me confieso más del segundo grupo que del primero, aunque no soy fundamentalista al respecto. Este libro me encantó cuando salió en el 82. Recuerdo que me lo devoré en un fin de semana que pasé en casa de mis tíos, que son de los que aman a Tolkien y C.S. Lewis. No sé porqué me gustó tanto entonces. Ahora que lo he vuelto a leer, creo que más que la aventura en sí misma que, dicho sea de paso me sigue gustando, me interesa la reflexión que Ende desarrolla sobre la lectura, la fantasía y la imaginación, a medida que contrasta los dos planos de realidad manejados en mi edición como un cambio de tinta (rojo y verde). Creo que este es un *libro-puerta* emblemático.

Bastián, un muchacho introvertido, marginado por sus compañeros de clase, entra un día en una librería de libros antiguos y raros, siguiendo un extraño impulso. Allí descubre un libro que le llama enormemente la atención. Cuando el hosco dueño de la tienda se va a su oficina a contestar una llamada, Bastián toma el libro que lleva inscrito en letras doradas *La historia interminable*. Nunca había robado, pero algo le decía que esta vez había una justificación. Corre a la escuela con el libro bajo el brazo y allí se acuesta a leer en un depósito. Antes de comenzar piensa lo siguiente:

“Me gustaría saber qué pasa realmente cuando un libro está cerrado. Naturalmente, dentro sólo hay letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay personas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticos. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué”.

Todos sabemos que este deseo de entender qué pasa en el libro, le es concedido a Bastián. Sin saber-

PUBLICIDAD

Ian Falconer. *Olivia*. Serres. 2001

"Él la había prevenido sobre el libro. Ahora era demasiado tarde".

Chris Van Allsburg. *Los misterios del señor Burdick*. FCE. 1996

lo, él es si no autor, cuando menos co-autor de ese libro, tal como suelen ser los buenos lectores. La historia es exactamente como le gustan las historias, totalmente fantástica y alegórica, alejada de la coti-

dianidad que tanto detesta. Todo ocurre literalmente en *Fantasia* y el protagonista, Atreyu, es algo así como su *alter ego*.

De lo que pasa en el texto verde no pienso hablarles, no viene a cuento. Mi punto es que *La historia interminable* es en si misma una imagen de lo que es la lectura: una puerta a la imaginación cuya viga son la interpretación y el texto sus llaves. El lector es quien pone a funcionar este aparato cuando gira la manilla. La historia –sea la de Bastián y Atreyu o cualquier otra– es interminable como la lectura porque cada vez que abrimos un libro somos lectores distintos que interpretaremos el texto de modo igualmente distinto. Es decir, la lectura es como el acertijo del sombrerero.

El señor Koreander, el librero que cómplicemente dejó el libro para que Bastián lo robara, parece estar de acuerdo conmigo:

"Toda historia es una Historia Interminable. (...) Hay muchas puertas para ir a Fantasia (...). Y hay todavía más libros mágicos. Muchos no se dan cuenta. Todo depende de quien coge uno de esos libros. (...) Además, no sólo hay libros sino también otras posibilidades para ir a Fantasia y volver".

Una cita que, como invitación interminable a cruzar puertas que nunca son las mismas, resulta sumamente atractiva y seductora. Es maravilloso pensar que cada vez que las atravesamos salimos siendo otros. Visto así, la lectura no es esa imagen terrible y escalofriante del *libro de arena* de Borges, cuya infinitud se convierte en pesadilla y no en la promesa maravillosa cifrada en los libros e imágenes que hemos revisado hoy. ■

Brenda Bellorín

Esta ponencia fue dictada en el marco de la *XXI Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil* de Ciudad de México en un Seminario Internacional que llevaba por nombre "Qué y porqué están leyendo los niños y jóvenes de hoy" (celebrado del 12 al 16 de noviembre de 2001).

Bibliografía

Libros para niños y jóvenes

- ALCOTT, Louisa May. *Mujercitas*. Barcelona: Timun Mas, 1973.
 ARAUJO, Orlando. *Miguel Vicente Pata Caliente*. Caracas: Ediciones Ekaré. Ilust: Morella Fuenmayor, 1992.
 BANKS, Kate. *Si la luna pudiera hablar*. Barcelona: Juventud. Ilust: Georg Hallensleben, 1999.

- BROWNE, Anthony. *Gorila*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- BROWNE, Anthony. *Me gustan los libros*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- CARROLL, Lewis. *Alicia en el País de las Maravillas*. Madrid: Alianza, 2001.
- COONEY, Barbara. *La Señorita Emilia*. Caracas: Ediciones Ekaré, 1991.
- DAHL, Roald. *Matilda*. Madrid: Santillana, 1999.
- ENDE, Michael. *La historia interminable*. Madrid: Alfaguara, 1982.
- FERRER BERMEJO, José. *Mujer de ojos marrones*. Madrid: Anaya, 1993.
- GRAVES, Robert. *El gran libro verde*. Barcelona: Lumen. Ilust. Maurice Sendak, 1998.
- JANSSON, Tove. *El libro del verano*. Madrid: Siruela, 1996.
- KISS, Kathrin. *¿Qué hace un cocodrilo por la noche?* Madrid: Kókinos, 1998.
- LESTER, Alison. *La cama de Isabella*. Caracas: Ediciones Ekaré, 1992.
- LOBEL, Arnold. *Historias de ratones*. Pontevedra: Kalandraka, 2000.
- LOBEL, Arnold. *Buho en casa*. Caracas: Ediciones Ekaré, 2000.
- MAHY, Margaret. *El secuestro de la bibliotecaria*. Madrid: Altea, 1995.
- MARSHAL, Rita. *¡Odio leer!*. Barcelona: Lumen. Ilust. Etienne Delessert, 1996.
- NOSTLINGER, Christine. *Bonsui*. Bogotá: Norma, 1998.
- OZ, Amos. *Una pantera en el sótano*. Madrid: Siruela, 1998.
- ROSS, Tony. *Hipersuper Jezabel*. Madrid: Ediciones SM, 1990.
- SADAT, Mandana. *Del otro lado del árbol*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- SANTA ANA, Antonio. *Nunca seré un superhéroe*. Bogotá: Norma, 2000.
- URE, Jean. *Me dicen Sara Tomate*. Bogotá: Norma, 2000.
- VAN ALLSBURG, Chris. *Los misterios del Señor Burdick*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- VELTHUIJS, Max. *Sapo es sapo*. Caracas: Ediciones Ekaré, 1997.
- VIEIRA, Alice. *Úrsula*. Madrid: Ediciones SM, 1990.
- WADDELL, Martin. *¿No duermes, osito?*. Barcelona: Kókinos. Ilust. Barbara Firth, 1996.
- Profesionales**
- BABBIT, Natalic. "La fiesta del té". En *Un encuentro con la crítica y los libros para niños*. Caracas: Banco del Libro, 2001.
- BARCENA, Carlos G.. "Michael Ende, un hacedor de fantasías". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 37, pp. 18-21, 1992.
- BORGES, Jorge Luis. *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1993.
- CANCELAS Y OUVIÑA, Lucía Pilar. "Carroll versus Dahl: dos concepciones del humor". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 97, pp. 19-26, 1997.
- CARTER, Betty. *Libros de información: del placer de saber al placer de leer*. Caracas: Banco del Libro, 2001.
- COLOMER, Teresa. *La formación del lector literario*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.
- DE SOUSA, Santos. "Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prologuemos una concepción posmoderna del derecho". *Nueva Sociedad*. Caracas, nº 116 nov-dic., 1999.
- FERREIRO, Emilia. *Cultura escrita y educación: Conversaciones con Emilia Ferreiro*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- GARCÍA PELAYO, Manuel. *Las culturas del libro*. Caracas: Fundación Kuaimare, 1997.
- GARRALÓN, Ana. "Michael Ende: el imaginario habitante de mundos inhabitables". En *El Urogallo*. Madrid, nº 57, 1991.
- HOLLINDALE, Peter. "El crítico y el niño". En *Un encuentro con la crítica y los libros para niños*. Caracas: Banco del Libro, 2001.
- HUNT, Peter. *Children's Literature: an Illustrated History*. Oxford: Oxford University Press, 1995.
- LURIE, Alison. *No se lo cuentes a los mayores: literatura infantil, espacio subversivo*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998.
- MANGUEL, Alberto. *A History of Reading*. New York: Penguin Books, 1996.
- MOREIRA, Terezinha Taborda. "Monteiro Lobato: para uma causa libertária, uma literatura revolucionária". En *Releitura*, nº 8, abril 1996.
- MORENO, Víctor. "La aventura de leer: Metáforas de la lectura I". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 103, pp. 44-50, 1998.
- MORENO, Víctor. "Lectura y juego de la oca: Metáforas sobre la lectura II". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 105, pp. 30-36, 1998.
- MORENO, Víctor. "Lectura y conversación: Metáforas sobre la lectura III". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, 106 pp. 28-34, 1998.
- MORENO, Víctor. "La lectura como viaje: Metáforas de la lectura IV". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 109, pp. 30-36, 1998.
- MORENO, Víctor. "Los libros, esos campos magnéticos: Metáforas de la lectura V". En *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, nº 111, pp. 28-38, 1998.
- MORENO, Víctor. "Metáforas domésticas de la lectura". En *Alacena*. Madrid, nº 33, 1999.
- NILSEN, Don L. F. y Allen Pace NILSEN. "An exploration and defense of the humor in young adult literature". En *Journal of reading*, nº 1, 1982.
- PETZOLD, Dieter. "Wish—fulfilment and subversion: Roald Dahl's dickensian fantasy Matilda". En *Children's Literature and Education*, nº 4, 1992.
- POSTMAN, Neil. *The Disappearance of Childhood*. New York: Vintage Books, 1994.
- PROUST, Marcel. *Sobre la lectura*. Valencia: Pre-Textos, 1998.
- RUSELL, David L.. "The comic spirit and cosmic order in children's literature". En *Children's Literature Association Quarterly*, nº 3, 1990.
- SAMPSON, Anthony. *Lectura cuidado de sí*. Barcelona: Editorial Iberia, 1956.
- SAVATER, Fernando. *La infancia recuperada*. Madrid: Taurus Ediciones, 1979.
- STEINER, George. *Pasión Intacta*. Madrid: Ediciones Siruela, 1997.
- TUCKER, Nicholas. "Home Stories". En *Reading and Response* (Ed: Mike Hayhoe). Buckingham Bristol: Open University Press, 1990.
- WEST, Marc. "The grotesque and the taboo in Roald Dahl's humorous writings for children". En *Children's Literature Association Quarterly*, nº 3, 1990.
- WOLF, Virginia L.. "From the myth to the wake of home: literary houses". En *Children's Literature*, vol. 18, 1990.